

El valor moral del ocio en la visión antigua y moderna de los regímenes de acción

Gustavo Adolfo Maldonado Martínez

Universidad Autónoma de Chihuahua

gustavo.maldonado4724@gmail.com

Abstract El presente artículo expone un recuento de los aspectos más relevantes sobre las distinciones en la valoración clásica y moderna del ocio. Argumenta el valor moral del ocio a partir de una recuperación de sus rasgos clásicos expuestos en la teleología aristotélica, puestos en contraste con su inversión en la modernidad que constituía la negación del ocio clásico, que traía consigo un cambio de paradigma en los regímenes de acción humana. Es decir, toma la teleología de medios y fines como un parámetro de valoración del ocio, contrario a la valoración moderna, que influye hasta nuestros días en la subordinación del valor moral al valor económico. Así, se pretende plantear la problemática sobre el valor del ocio enmarcada en la confusión de su valoración, para finalmente, señalar que el valor moral del ocio se encuentra en relación con el valor del ser humano. Entendido éste último como “fuente de todo valor” (desde la ética de Korsgaard), del cual, el ocio, es a su vez condición de posibilidad de mejoramiento humano tanto en lo individual como en lo colectivo.

Palabras clave: Ocio, valor, valor moral, teleología, modernidad, trabajo.

Abstract This paper exposes an account of the most relevant aspects of the distinctions in the classical and modern valuation of leisure. It argues the moral value of leisure based on a recovery of its classical features exposed in aristotelian teleology, contrasted with its investment in modernity that constituted the negation of classical leisure, which brought with it a paradigm shift in the regimes of human action. It takes the teleology of ends as a leisure valuation parameter, contrary to modern valuation, which influences to this actual subordination of moral value to economic value. Thus, it is pretending to raise the problema of the value of leisure framed in the confusion of its valuation, to finally point out that the moral value of leisure is related to the value of human being. Understood from Korsgaard as a source of all value, of which, leisure, is in turn a condition of human improvement both individually and collective

Keywords: Leisure, value, moral value, teleology, modernity, work.

Introducción

El plantear la cuestión sobre el valor del ocio remite necesariamente a dos instancias valorativas fundamentales, esto es, en definitiva, entender el ocio como algo valioso, y que tiende en a ser una actividad de valor social que remite también una valoración moral. Siempre bajo la previa comprensión de que el ocio no es solo una actividad contemplativa o actividad por excelencia como experiencia valiosa en sí misma en el terreno individual, sino que su propio valor (que será aquí explicado más adelante) va de lo individual a lo colectivo, de ahí su valor social que suele también ser distintivo en su vínculo con la cultura¹.

El presente artículo se encuentra parcialmente basado en la tesis doctoral Revalorización del ocio en la experiencia edificante (Maldonado 2022), dirigida por el Dr. Erbey Mendoza y codirigida por el Dr. Jaime Cuenca, la cual fue presentada para obtener el grado de doctor en Educación Artes y Humanidades por la Universidad Autónoma de Chihuahua. Esta en este archivo que les mandé antes

Sin embargo, aunque el ocio ha sido distinto en cada época y su desarrollo va de la mano con el progreso tecnológico, la valoración moral que se le adjudica está ceñida a la valorización imperante ligada al espíritu de la época. Esto puede constatarse en las diferencias sobre la valoración clásica y moderna del ocio. Por un lado, la exaltación de la contemplación y el rechazo de la utilidad material y por otro, la eficacia de la productividad y el desprecio a la falta de fines externos.

Por tanto, el valor moral del ocio influye en el alcance de la actividad en sí misma, esto es de lo favorable que esta puede llegar a ser para mejoramiento en lo social e individual. De manera que hemos de ligar la moralidad del ocio con el hecho de que éste prescribe una necesidad práctica de tiempo para nosotros mismos, que tenemos como seres humanos, fuera de todo tiempo normativizado. Resaltar el valor moral del ocio supone la defensa de un ocio que busca tanto la satisfacción de una necesidad práctica como la defensa de la dignidad humana que remite a su vez a la fuente de todo valor.

Para plantear lo anterior, será necesario entonces exponer un recuento de los criterios de valor del ocio, tanto en lo relativo a la valoración clásica como a sus cambios en la modernidad. Dichos criterios han marcado en gran medida la valoración actual del ocio, que en su relación con el trabajo ve cada vez más desvanecidos sus límites tanto conceptuales como axiológicos. A pesar de ello, el valor del ocio en la actualidad no se desliga de la valoración sobre el trabajo, la cual, nos da pautas para plantear el valor moral del ocio desde la necesidad de exigirlo como un derecho concerniente a todo ser humano y por ende a todo trabajador.

La valoración clásica del ocio

En el debate filosófico la cuestión del ocio se inserta en la discusión por el mejor género de vida². De acuerdo con Aristóteles (1985), el ocio es de suma importancia en nuestra vida, así él mismo lo considera incluso como el principio de todas las cosas: “La naturaleza misma procura no solo el trabajo adecuado sino también estar en capacidad de tener un ocio decoroso, el cual es, para decirlo de nuevo, el principio de todas las cosas³”. Asimismo, para el estagirita el ocio era entendido como un fin último que habría de vincularse a una vida dichosa, en sí, a la felicidad: “Pero el ocio parece encerrar en sí mismo el placer, la felicidad y la vida bienaventurada⁴”. De ahí que “Aristóteles divide la vida en dos terrenos: el de la falta de ocio, o bien de la ocupación (*a-skholia*) y el del ocio (*Skhole*).

Dicho de otra manera, su división de la vida se circunscribe entre la falta de tranquilidad y la tranquilidad. La intranquilidad, ocupación o negación del ocio, el no ocioso, o bien el estar no ocioso, se identifica con el trabajo como falta de tranquilidad y de libertad en el contexto de la antigua Grecia.⁵ Para los griegos entonces el ocio estaría vinculado a la tranquilidad, y el trabajo a la falta de ésta. Los griegos no tenían una palabra para designar a la actividad del trabajo⁶ lo consideraban como un no

¹ La raíz del ocio encuentra su lugar en el nacimiento de la cultura occidental, y concretamente la cultura y el ocio son parte de una misma distinción de identidad que destaca a determinados grupos sociales a través del tiempo. “El ocio ha sido necesario para el nacimiento y desarrollo de la cultura. Por ello, los ocios marcan épocas, identidades y promueven valores, que si bien se transmiten socialmente y cambian o varían moralmente solo logran mantenerse o superarse gracias al valor que se perciba o no en ellos”. Maldonado G. Revalorización del ocio en la experiencia edificante”. Tesis doctoral, p192.

² bios teóricos y bios practicos, o bien la vida contemplativa y la vida activa, respectivamente.

³ Aristóteles, *La política* 1337b30-35-1338a5.

⁴ Aristóteles, *La política* 1337b30-35-1338a5.

⁵ Sebastián De Grazia, considerado uno de los padres de los estudios del ocio, comenta también respecto a la relación del ocio con el trabajo que: “El ocio es una condición o un estado, el estado de estar libre de la necesidad de trabajar” (De Grazia, *Tiempo, trabajo y ocio* 3). Por eso el ocio era visto fuera de toda relación con el trabajo, pues el trabajo era la actividad del esclavo y el ocio la del hombre libre.

⁶ Aquí es importante advertir el matiz conceptual del término “trabajo” que para los griegos tiene una connotación muy particular relativa al trabajo manual, mecánico y repetitivo de los esclavos. Dicha comprensión del término dista mucho de la nuestra, pues en sí el concepto de trabajo tal como lo entendemos en la actualidad (como actividad de lucrativa y a la vez necesaria para la subsistencia) proviene de la modernidad industrial.

tener ocio *askholia*, que era entendida más como ocupación que como trabajo en sí. Los griegos no tenían un término para designar el trabajo, en su contexto se hablaba de la necesidad y/o deber del trabajo *ascholia*, *pragmata*, los asuntos, y la labor de los esclavos *douleia*, éste último siendo el equivalente más cercano a la actual concepción del trabajo⁷.

Aristóteles mantenía un ideal en la relación entre ocio y trabajo, y era que “Trabajamos para tener ocio”: “Estamos no ociosos para tener ocio” (Aristóteles, *La Ética*, 1177b). Esto en cuanto a la subordinación y grado de importancia, que debían tenerse ante el uno o el otro. El orden de valoración de ambas actividades se fundaba en la primacía que Aristóteles había establecido de las actividades nobles sobre las serviles, entendidas por nobles el ocio y la contemplación. Así como por serviles el trabajo. Por ello, consideramos aquí, la primicia por otorgar más valor a lo improductivo y al fin en sí mismo, en lugar de a lo útil y que es un medio para llegar a otros fines.

Así, volviendo entonces a lo entendido por los griegos en cuanto a la actividad del trabajo, ésta era concebida no solo como mera ocupación sino como servil, por consiguiente, como útil y un medio para llegar a otras cosas. “El trabajo está ligado a las necesidades de la vida. No es un fin en sí mismo, sino un medio, un medio de vida necesario que se ocupa de la necesidad. No es digno de un hombre libre”⁸. Dado que las nociones aristotélicas vienen de una sociedad esclavista hay que recordar que esa misma base de su sociedad, la esclavitud, era la que permitía en gran medida el ocio. Lejos de pretender justificar una sociedad basada en la esclavitud, lo que se intenta hacer aquí es matizar el contexto y cómo hemos de vincularlo con lo actual en cuanto a una revaloración del ocio. ¿Qué habría de ponerse sobre la balanza? Obviamente no es justificable la esclavitud con la finalidad de que algunos puedan tener ocio.

La cuestión es ver esto en relación a cómo se da valor, tanto a la actividad de trabajo como a la de ocio. Puesto que, si bien en la antigüedad el ocio se daba con base en la esclavitud, en la modernidad se daba por la explotación de los trabajadores. Los cuales, luego, con base en movimientos de lucha social lograron el derecho de tener ocio y tiempo libre.

En la actualidad el ocio dado en parte por la explotación de los trabajadores, y en parte por el avance tecnológico que trae mayor oportunidad de tener tiempo libre es dirigido al consumo. De manera que el tiempo libre produce valor de cambio y esto hace que no dejen de producirse ganancias para el capital, pero en el acto se incurre en una valoración utilitaria del ocio y todo lo que éste implica. Y de ahí el afán por recuperar el aspecto de elogio a la improductividad que encontramos en la concepción de ocio aristotélica.

Ante todo, es importante considerar, que, lo que está haciendo Aristóteles es el peligro de elaborar una ideología de una clase dominante ante una sociedad esclavista. Si analizamos el valor dado al ocio por los griegos es también importante preguntarse, ¿de dónde viene el interés por despreciar el trabajo manual en una sociedad que busca justificar la esclavitud? “Los asuntos ligados al lucro no tenían sino un valor meramente negativo (*a-skholia*, *neg-otium*), mientras que el ocio (*skholé*, *otium*) aparecía por excelencia como la ocupación del ciudadano libre”⁹. De Aristóteles hay que rescatar en sí la idea de ocio no reducida a una ideología de una sociedad esclavista, y el porqué es valioso el ocio. Para eso será necesario dar cuenta de la teleología de medios y fines proveniente de la *Metafísica* de Aristóteles, y que dio la pauta para la distinción valorativa entre actividades nobles y serviles. Lo cual, pese a la interpretación esclavista, tuvo resonancia en la valoración del ocio, en tanto actividad por excelencia, en el desprecio de la utilidad y elogio a lo improductivo, motivo por el cual Aristóteles es imprescindible respecto a la reflexión sobre el ocio.

⁷ Véase: Hernández De la fuente D. La escuela del ocio, el tiempo libre y la filosofía antigua, 78-79.

⁸ (Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo*, 125).

⁹ Jaime Cuenca. Proveer o transformar, 61.

En *La política*, Aristóteles posiciona al ocio como un modo de vida a la vez que como el fin de la misma. El ocio era entendido en forma de actividad valiosa por ser un fin en sí misma e implicar la felicidad y la vida dichosa.

La naturaleza misma procura no solo el trabajo adecuado sino también estar en capacidad de tener un ocio decoroso, el cual es, para decirlo de nuevo, el principio de todas las cosas. Siendo ambos necesarios, el ocio es, con todo, preferible al trabajo y tiene razón de fin, por lo cual hemos de investigar cómo hemos de emplear nuestro ocio. Seguramente que no en jugar, porque entonces el juego sería necesariamente el fin de la vida, lo cual es imposible. Los juegos, en efecto, deben practicarse más bien en conexión con los trabajos (porque el trabajador ha de dar un descanso a su fatiga y el juego es para descansar, mientras que el trabajo va acompañado de fatiga y esfuerzo). Por esto hay que introducir los juegos, pero vigilando la oportunidad de su empleo, como si aplicáramos una medicina, porque la actividad del juego es un relajamiento del alma, y de éste placer resulta el descanso. Pero el ocio parece encerrar en sí mismo el placer, la felicidad y la vida bienaventurada.¹⁰

El ocio se liga a la idea del desarrollo, se trata de una vía de perfeccionamiento¹¹. La restricción de Aristóteles de que el ocio sea para unos pocos no restringe que hablemos del ocio hoy en día como autodespliegue y esencia y mejoramiento necesario para todos.

Una capacidad que implica el principio de todas las cosas, a la vez que contenedora de placer y felicidad. El ocio, a diferencia del descanso y el juego, habría de conducir a la felicidad, “no era un mero medio para seguir trabajando, sino un fin en sí mismo, la meta y el cauce de una vida feliz”¹². Además, la actividad de ocio no requiere de justificación, no es un medio para otra llegar a otra cosa o fin, como el trabajo lo es. Por eso los griegos veían en el ocio la libertad, por el hecho de estar libre de ocupaciones, puesto que el ocio era solo para individuos libres y el trabajo para los esclavos. Por el contrario, el ocio estaba ligado a la contemplación, a la libertad, la ausencia de ocupación y la vida dichosa. Visto así es comprensible porque Aristóteles afirmaba que “El buscar en todo la utilidad es lo que menos se adapta a las personas magnánimas y libres”¹³. Entonces los griegos concebían lo útil en relación a la necesidad, que estaba ligada a la ocupación y por ende a la actividad, es decir, al trabajo: “La vida toda a su vez se divide en trabajo y ocio, en guerra y paz, y los actos por su parte en unos que son necesarios y útiles, y en otros que son bellos”¹⁴. Podemos apreciar tal división de la vida entre las actividades de trabajo y ocio, como una forma de plantear en el discurso griego el debate del momento, sobre cuál era el mejor de los modos de vida, si la vida contemplativa o la vida activa. Tomando en cuenta a la vida activa como aquella que se desarrolla bajo un proceder instrumental como un medio para llegar a un fin. Por otro lado, a la vida contemplativa, la del ocio y la teoría, la de la especulación filosófica, como la del desarrollo de los actos que son bellos.

La fundamentación de la diferencia entre actividades nobles y serviles en relación a la identificación de medios y fines se gesta en la obra de Aristóteles en el modo de comprender la

¹⁰ Aristóteles, *La política* 1337b30-35-1338^a5.

¹¹ Para Aristóteles era una preocupación la educación de los jóvenes y la formación de los ciudadanos, motivo por el que incluía esa reflexión en *La política*. El cuestionamiento sobre el empleo del ocio, llevaba también implícita la educación y la importancia de que el legislador supiera proveer de ocio a los ciudadanos. Por lo que se refiere a la dicotomía de valor entre medios y fines y las actividades nobles y las serviles, Aristóteles concebía que: “...deben aprenderse y formar parte de la educación ciertas cosas para poder dirigir nuestros ocios, y que estos conocimientos y disciplinas tienen un fin en sí mismas, mientras que aquellas orientadas al trabajo se estudian por necesidad y como medios para otros fines” (Aristóteles, 1338a10). Aristóteles daba relevancia a plantear en qué debía emplearse el ocio como algo fundamental en la educación de los jóvenes, y en concreto con las artes, principalmente la música, que era concebida como menos útil pero también como la más bella. La importancia del ocio radicaba, entonces, en el formarse, en cierta medida, en el hacerse a sí mismo, lo cual da sustento a concebir el ocio como una capacidad que debía de ser educada y formada. Maldonado G. Revalorización del ocio en la experiencia edificante, 35.

¹² Cuenca M. *Ocio valioso*, 34.

¹³ Aristóteles, *La Política*, 1338b

¹⁴ Aristóteles, *La Política*, 1333a12

relación entre acto y actividad. La primacía del acto sobre la actividad cierra la distinción entre actividades nobles y serviles. A saber, “la primacía ontológica del acto sobre la potencia”¹⁵. La base del criterio de valoración del ocio clásico se centra en la teleología aristotélica de medios y fines y que se plantea ya desde *La Metafísica*. En ella, Aristóteles propone una respuesta al problema del movimiento, concebido como un caos provocado por la ilusión de los sentidos y la dispersión del orden. De ahí la necesidad de una respuesta a entender el movimiento a modo de “cambio ordenado”. Este nos recuerda también a las nociones de acto y potencia. Lo que no es acto, viene a ser potencia. Por consiguiente, dado que, el movimiento es relativo a los actos, éste logra realizarse a través de ellos:

“Puesto que la sustancia y la especie son actos lo cual expresa un predominio claro del acto sobre la potencia. Y si se sostiene que el acto es superior a la potencia, en los casos en que hay algunos fines aparte de las acciones, las obras son naturalmente preferibles a las actividades”¹⁶

Entonces para los griegos el acto es preferible no solo a la potencia sino a la actividad. El acto se presenta, como de mayor valía que su resultado o realización de la actividad que lo lleve a cabo. Esa supremacía del acto con fin en sí mismo, a saber, del ocio, es expuesta en de manera explícita en *La metafísica* de la siguiente manera: “Cuando se produce un resultado distinto de la propia actividad, el acto se da en la cosa producida; cuando no se produce nada en la propia actividad, el acto se da en el agente mismo”¹⁷. Ese criterio refiere al ocio clásico en cuanto a actividad valiosa ligada a la virtud y la felicidad. Refiere pues al ocio, pues en éste sucede que cuando la actividad llevada a cabo en él no produce nada externo al sujeto que la ejecuta, el acto se da como un fin en sí mismo, de ello resulta que se le considere parte de las actividades nobles. Finalmente, con esto, el estagirita reafirma su inclinación hacia el predominio de la teoría y del acto sobre las actividades. En suma, la relación entre actividades nobles y actividades serviles es distinción entre acto y agente.

Aristóteles señala el matiz entre actividades nobles y serviles en relación a la distinción que hay entre *poiesis*, *praxis*, y *teoría*. La primera entendida aquí como la actividad de producción de los esclavos y los artesanos, es decir, del trabajo de estos en los oficios. En cambio, la segunda actividad, la *praxis*, estaba circunscrita a la vida política. Aunque ésta también era entendida en una estrecha relación con la teoría.¹⁸ La teoría era la actividad con fin en sí misma, la más valiosa y la actividad en sí por excelencia, ligada a la contemplación, el ocio y la virtud. Esa última actividad no tenía como consecuencia ningún fin o producto externo tras su ejecución, pues su por ser un fin en sí misma, su consecuencia, o más bien dicho, su beneficio estaba en quien la llevaba a cabo.

“Cuando se produce un resultado distinto de la propia actividad, el acto se da en la cosa producida; cuando no se produce nada fuera de la propia actividad, el acto se da en el agente mismo. Dicho de otra forma: quien produce algo, conduce ciertas cosas hacia una determinada perfección; quien realiza una actividad cuyo fin es su propio ejercicio, se perfecciona a sí mismo. Esta es la justificación de la distinción entre actividades nobles y serviles y, en última instancia, el fundamento del ideal clásico del ocio como contemplación”¹⁹

La teleología de Aristóteles hace evidente la jerarquía de valor entre un fin y un medio. “La contemplación es la mejor actividad porque esta puede desempeñar el papel de una fuente de valor; es decir, puede justificar otras cosas”²⁰. Sin embargo, esa jerarquía plasmada en la primacía de la contemplación sobre la actividad queda invertida en la modernidad. La actividad que funge como

¹⁵ Cuenca J. proveer o transformar, 61.

¹⁶ (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1094a3-6).

¹⁷ (Aristóteles, *Metafísica* 1050a30-1050b1).

¹⁸ Maldonado G. Revalorización del ocio en la experiencia edificante, 37.

¹⁹ Cuenca J. Proveer o transformar, 62.

²⁰ Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 424

medio y proporciona al agente beneficios o productos externos a él²¹. Ese modo de valoración resultó incompatible con los imperativos de época que surgieron en la modernidad y que son denunciados por varios pensadores, como Schiller, Nietzsche o Max Weber²², en la crisis de valores que se gesta en dicha época.

Crisis y cambio de paradigma del valor del ocio en la modernidad

Tras el final de la Edad Media y a la llegada del Renacimiento, la concepción del ocio cambió. De igual modo, la alta valoración por la virtud y el desprecio moral por la ociosidad y todo lo que se le asemejara, estaba motivada por la formación del Estado que entonces se gestaba. En él, las leyes debían también procurar la virtud a través su obediencia, el trabajo y la acción, como lo era en la guerra²³, la labranza, o el comercio.

Al término del Renacimiento con la entrada de La Edad Moderna, el pensamiento imperante en los modos de obrar, gobernar, y vivir se iba inclinando de manera cada vez más clara hacia un afán por la actividad, la riqueza material, el progreso y el dominio, que influían en el rechazo del ocio. Sin embargo, “hasta el comienzo de la Edad Moderna, la expresión *vita activa* jamás perdió su connotación negativa de *in-quietud, nec-otium, a-skholia*”²⁴. Durante la Edad Moderna, que tuvo sus inicios en el siglo XVIII y terminó con el comienzo del siglo XX, hubo en algunos filósofos la proliferación del imperativo por el trabajo y la acción, incluso como visión totalizadora del género humano y su espíritu, idea fervientemente defendida por Hegel y que en Marx tuvo cierta resonancia al formular una concepción del ser humano cuya esencia radica en el trabajo.

La Modernidad transcurre entonces bajo la fuerte influencia de la idea de la acción que se recompensa con una ganancia, en el sentido del deseo de riqueza, además impulsado por la idea de progreso. “La acción subordinada al principio de utilidad ocupa ahora el lugar preponderante bajo la forma de progreso...El resultado no es solo el olvido de la concepción clásica del ocio, sino su total inversión”²⁵. Es decir que, el ideal del ocio clásico que proponía Aristóteles, que radicaba en el “trabajar para tener ocio”, y que subordinaba el trabajo al ocio, queda invertido. A raíz de ese tipo de pensamiento, imperante en el espíritu de aquella época, parecía gestarse cada vez más una suerte de proscripción del ocio en el sentido clásico contemplativo, en forma tal que:

El papel que la modernidad reserva al ocio no puede ser sino residual: precisamente el tiempo que resta tras cumplir con todas las demás obligaciones, el tiempo libre. Pero más importante aún, es que, incluso en el reducido ámbito que le corresponde, el ocio moderno no mantiene las características clásicas, sino que es subordinado a la utilidad, cobrando así un significado opuesto al tradicional.²⁶

Por tanto, la modernidad trae consigo un ocaso del sentido clásico del ocio, que reside en un cambio de paradigma en su valoración en gran parte promovido por los avances en la técnica, manifestados en las condiciones materiales de dicha época. Así, ante el influjo del afán por la utilidad en cuanto a medio de obtención de ganancias y riquezas, era inminente una pérdida de valor de una

²¹ “Lo incondicionalmente valioso es como lo intrínsecamente valioso en tanto que ambos son objetivamente valiosos. La razón de que haya algo incondicionalmente valioso es que debe haber una fuente de valor” ((Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 423).

²² Weber ataca especialmente lo que él llama “el moderno romanticismo intelectual de lo irracional. Éste se hallaba muy extendido entre la juventud alemana del momento: desde las resonancias más nacional-belicistas del culto a la figura de Nietzsche, hasta la utopía anarcosindicalista. Cuenca J. Proveer o transformar, 74-75.

²³ “Si el cielo favorece hasta el punto de no necesitar la guerra, ocurrirá que del ocio nacerán, o la afeminación de las costumbres, o las divisiones y ambas cosas, juntas o aisladas, pueden acabar con ella” (Maquiavelo. *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, 122).

²⁴ Arendt. *La condición humana*, 28

²⁵ Cuenca Amigo. *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*. “La existencia valiosa”, 457.

²⁶ Cuenca Amigo. *Claves de la existencia. El sentido plural de la vida humana*. “La existencia valiosa”, 457.

experiencia que propiciaba un tiempo fuera de todo esquema utilitario. En definitiva, a través del imperativo de la eficiencia, el ideal de dominio sobre la naturaleza y los demás individuos, sumado al incipiente afán por la actividad representada en el trabajo, que más tarde, traería la propagación del imperativo de la productividad y la utilidad.

La denuncia de la crisis de valores en la modernidad industrial: una crítica a la alteración de los criterios de valor.

Los cambios en los criterios de valorización se hacen notar desde el renacimiento hasta la modernidad en su apogeo ilustrado, y aún con mayor énfasis en su fase industrial. Por valorización entenderemos aquí la manera en que concebimos aquello a lo que le adjudicamos valor. En la fase industrial, o etapa tardía de la modernidad, las actividades con valor en sí mismas, dejan de ser consideradas valiosas al quedar entonces desprovistas de valor surge la necesidad por recuperarlas. El afán por la utilidad se convirtió en la forma de valorización. Ese afán era también movido por ambición y expansionismo, en otras palabras, por la búsqueda de riqueza, la cual, puso a la razón a su servicio²⁷. Por tanto, que la utilidad persiguiera la riqueza material desprovista de cualquier otro sentido de riqueza fuera la utilidad, era signo de un cambio en el criterio de valorización.

En ese sentido, el desarrollo tecnológico durante aquella época tuvo una importante influencia sobre el afán por lo útil y el ideal de provecho, aunado a su vez, al afán por la extracción y posesión de recursos. La modernidad volcó toda su idea de progreso incluso al desarrollo expansionista de obtención de recursos, que tuvo interesantes repercusiones políticas y económicas.

Hasta este punto, es importante también señalar, qué se entiende la modernidad, como un periodo histórico, pero más aún, como tradición de ideas que incidió en ella para hacerla un punto de inflexión para tantos cambios en distintos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, en primer lugar: “Por modernidad habría que entender el carácter peculiar de la forma histórica de totalización civilizatoria que comienza a prevalecer en la sociedad europea en el siglo XVI²⁸. Y, por otro lado, en cuanto a su rasgo más característico, siguiendo la línea que aquí se ha estado comentando: “El fundamento de la modernidad parece encontrarse en la consolidación indetenible de un cambio tecnológico que afecta a la raíz misma de las múltiples civilizaciones materiales del ser humano a todo lo ancho del planeta”²⁹. Por otra parte, las repercusiones económicas, en cuanto al avance de las tecnologías que modernizó el trabajo, evidente en una etapa más tardía de la modernidad, que fue la revolución industrial, trajo otro tipo de experiencias y valorizaciones.

Es importante señalar también que, durante la modernidad el trabajo cambió sus condiciones no solo materiales sino humanas y se volvió plenamente industrial, tanto cuanto se enfocó meramente a la producción. Esto implicó otro gran cambio de la valorización respecto a los regímenes de acción. La valorización volcada a lo útil en conjunto con totalización de la razón, fue orientada hacia la acumulación de riquezas. A partir de la modernidad, la idea del valor, había sido suplantada por la de valor de uso, esto en virtud de la utilidad de las cosas. Pero con la industrialización del trabajo, su división y socialización del uso del tiempo, el valor de uso fue avasallado por el valor de cambio. Las cosas ya no solo debían de ser útiles en virtud de su uso, sino que debían tener valor de ser intercambiables, y la propiedad indiscernible de tener un precio. El modo de concebir que algo es

²⁷ “El sentido profundo de la riqueza escapa de esta manera a nuestro discernimiento: nuestra necesidad de razonar, es decir, de dar cuenta de todo lo que nos engaña.” (Bataille, *El límite de lo útil*, 31). En Bataille podemos encontrar el tránsito del criterio de valor de la acción a la utilidad, es decir, del criterio de Maquiavelo centrado en la virtud ligada a la gloria de las acciones como grandes hazañas a la noción de lo útil limitada a actividades y conductas centradas en la consecución de la ganancia. Cabe destacar al respecto que, para Bataille son contrarias a la utilidad, la valoración de las conductas gloriosas, que, con valor en sí mismas, dan valor a la vida: “Mostrar las conductas útiles sin valor en ellas mismas: solo nuestras conductas gloriosas determinan la vida humana y le dan un valor” (*El límite de lo útil*, 33).

²⁸ Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 144.

²⁹ Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 145.

valioso o bien que tiene valor había entonces cambiado drásticamente, y se había interrelacionado a la actividad humana bajo el imperativo de que el producto o beneficio de la actividad fuese externo al agente, ya sea por su valor de uso o de cambio. De suerte que, la idea de valor se generalizó hacia el lucro y lo útil. El proceso de valorización se arraigó a la actividad del hombre como parte de la historia de su propia explotación:

A un tiempo fascinantes e insoportables, los hechos y las cosas de esta modernidad manifiestan bajo dicha forma contradictoria aquello que constituye el hecho fundamental de la economía capitalista: la contradicción irreconciliable entre, por una parte, el sentido del proceso concreto de trabajo/disfrute-un sentido “natural”, proveniente de la historia del “metabolismo” entre el ser humano y lo otro- y, por otra, el sentido del proceso abstracto de valorización –un sentido “enajenado”, proveniente de la historia de la autoexplotación del ser humano.³⁰

La valorización en sentido utilitario y mercantil pasó entonces a ser indisociable ante casi cualquier actividad. De ahí que, incluso el uso del tiempo fuese considerado en tanto a las actividades en las que lo ocupamos, un recurso destinado a la ganancia o la inversión: “Separar, dentro de la vida cotidiana, el tiempo de la ruptura, como tiempo improductivo, del tiempo de la rutina, como tiempo productivo; depurarlos y repartirlos en la proporción adecuada –que subraya el carácter de excepción que tendría el primero respecto del segundo- es uno de los principales imperativos de la civilización moderna”³¹. Así, comenzó la escisión entre trabajo y vida, trabajo aquí entendido como un uso del tiempo destinado a la ganancia a través de la producción. En consecuencia, los rasgos esenciales de la modernidad, como, la totalización de la razón³², evidente en el avance tecnológico de la industrialización, puesto al servicio del afán por la utilidad y el lucro, la hacían tender el hacia el capitalismo. “El hombre de negocios fue el primero en restituir el valor a la utilidad...un mundo de valores nuevos se establecía...la utilidad se convirtió en fundamento del valor moral”³³. La valorización cierne su fin hacia el mundo de las cosas, en desproporción hacia el cultivo del espíritu y el valor humano, tal como apuntaba Marx: “La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas”³⁴. La repercusión de esto en los individuos es relativo a sus valores y más aún y de modo más preocupante al despliegue de su espíritu y el desarrollo de ciertas facultas en menosprecio de otras, a saber, de las que no producen utilidad ni valor económico.

La influencia del concepto de trabajo moderno en la negación del ocio clásico

El trabajo resulta en una actividad que es un medio para un fin externo al individuo, al contrario del ocio que es una actividad libre con un fin en sí mismo donde no hay producción como tal, sino que el agente de cambio es la persona misma. La cuestión de medios y fines lleva implícito el problema del valor. En ese sentido el trabajo como medio, aunque es valioso como tal, lo es más para un fin externo al individuo, en tanto que el ocio no conlleva más el fin en sí mismo, en tanto el fin es el individuo mismo.

El problema no estriba solo en anteponer los medios a los fines, sino más bien en matizar el sentido de ambos para dar lugar a una valoración de las actividades que los representan. Por ello, nunca es nuestra intención aquí denostar el trabajo como medio, y aunque no sea nuestra intención,

³⁰ Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 148.

³¹ Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 193.

³² El pensamiento racional tiene la tendencia a reducir la actividad humana a la producción y a la conservación de bienes. Reconoce que la finalidad de la vida humana es desarrollarse, es decir, incrementar y conservar las riquezas. Pero considera el consumo equivalente a un carburante para un motor: no ve en él nada más que un elemento necesario para la producción. (Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*, 35).

³³ Bataille. *El límite de lo útil*, 48.

³⁴ Marx. *Manuscritos económico-filosóficos*, 104.

es preciso resaltar el por qué existe una inclinación utilitaria de los medios sobre los fines. Tal inclinación posee el riesgo latente de polarizarse a un extremo con tintes utilitaristas que restan al individuo su valor como fin y lo posiciona solo como medio. De ahí la tendencia a la cosificación y las valoraciones instrumentales en sentido mercantil.

Por otra parte, es necesario reparar en que el individuo es el agente de su propia actividad. Sea en el trabajo o sea en el ocio, en ambas le es posible realizarse. No obstante, las condiciones de posibilidad para la realización bajo determinadas condiciones han de evitar el extremo reduccionista y unívoco del criterio de utilitarista para los juicios de valor. Entonces el trabajo como medio no queda fuera de la contribución hacia los fines, es decir, los medios no están aislados de los fines. Pues, el trabajo como medio en relación a un fin contiene por sí mismo la necesidad y la exigencia de la eficacia, lo cual afirma Veblen, en su *Teoría de la clase ociosa*, en el siguiente fragmento:

Por necesidad selectiva el hombre es un agente. Es, a su propio juicio, un centro que desarrolla una actividad impulsora -actividad "teleológica"-. Es un agente que busca en cada acto la realización de algún fin concreto, objetivo e impersonal. Por el hecho de ser tal agente tiene gusto por el trabajo eficaz y disgusto por el esfuerzo fútil. Tiene un sentido de mérito de la utilidad (service ability) o eficiencia y el demérito de lo fútil, el despilfarro y la incapacidad. Se puede denominar a este acto o propensión "instinto del trabajo eficaz"(Instinct of workmanship).³⁵

De ese instinto del trabajo eficaz se han alimentado el culto al trabajo y el criterio de valor instrumental en sentido mercantil. El afán por la producción y la ganancia es un ejemplo de los estragos de la exacerbación de dicho instinto. El afán por la productividad y la eficacia han estimulado la tendencia por un uso productivo del tiempo, que en sentido utilitario se impone ante el ocio y lo desvaloriza. El trabajo como medio en cuanto tal persigue precisamente la eficacia en su esencia. La eficacia no está dentro de los parámetros de juicio de valor del ocio, pese a que podría pensarse en sentido de contribución a la saciedad por la necesidad espiritual en el tiempo para sí mismo, a través de la recreación y el desarrollo.

Pero en el trabajo, el hombre puede encontrar también desarrollo de sus capacidades. El problema es cuando ese desarrollo queda reducido solamente a dicha actividad. Es entonces cuando el trabajo se considera alienante. En sus *Manuscritos de Economía y Filosofía*, Marx se posiciona de manera crítica respecto a que la capacidad de desarrollarse de los trabajadores queda reducida al trabajo, el cual ni siquiera le pertenece, sino que, al contrario, le es extraño dado que, no es dueño de los medios de producción.

Mediante el trabajo enajenado no solo produce el hombre su relación con el objeto y con el acto de la propia producción como son poderes que le son extraños y hostiles, sino también la relación en la que los otros hombres se encuentran con su producto, y la relación en la que él está con estos otros hombres. De la misma manera que hace de su propia producción su desrealización, su castigo; de su propio producto, su pérdida, un producto que no le pertenece, y así también crea el dominio de quién no produce sobre la producción y el producto. Al enajenarse de su propia actividad posesiona al extraño de la actividad que no le es propia.³⁶

Por lo tanto, es evidente que el ocio, al contrario del trabajo enajenado³⁷, es condición de posibilidad para el ejercicio de la virtud y el desarrollo de los individuos. El trabajo enajena al obrero

³⁵ Veblen, *Teoría de la clase ociosa* 23.

³⁶ Marx, *Manuscritos de Economía y Filosofía*, 120.

³⁷ Es necesario aclarar que estamos haciendo alusión específica al trabajo alienado como el tipo de trabajo que implica un factor de reducción en las posibilidades de realización del individuo. No obstante, no queremos decir con ello que el trabajo no pueda

por la relación de extrañeza con el producto, producido por él, pero sin serle propio. Tal proceso reduce todo el desarrollo de sus fuerzas a un trabajo donde ha de producir algo que no le incumbe. Por otra parte, el ocio, se centra en la realización del individuo, en donde además es dueño de su propio tiempo al contrario que en el trabajo. La crítica del valor que Marx elabora, radica en que se da menos valor al trabajo por darle más valor a la mercancía. El problema ahí, es que se da más valor a la mercancía que al trabajo, por tanto, según Marx, el trabajador es menos valorado, lo que en términos de Aristóteles equivaldría a otorgar más valor al acto que a la actividad.

Los efectos de la modernidad industrial en la valorización del ocio.

En el mundo occidental, el avance tecnológico de la era industrial en la modernidad tardía, marcó un hito de lo que vendrían a ser una diversa y cada vez más rápida proliferación de cambios en la organización social del tiempo y las experiencias de vida. Los cambios en el uso del tiempo y la división social de éste traída por el capitalismo y la división del trabajo, marcaron una nueva serie de cambios en las experiencias de uso del tiempo. Asimismo, es importante señalar la aparente dicotomía entre trabajo y ocio, no desde una relación de opuestos sino de cómo el ocio se transformó en una extensión de la producción a través del consumo.

El ocio prosiguió a los cambios en las experiencias de las que proveía en el tiempo ganado por el avance técnico, la organización social, y la lucha por los derechos de mejores condiciones de trabajo. El ocio como tal ya había detonado un cambio de paradigma que estaría por renovarse y revalorarse constantemente. Durante la primera mitad del siglo XX, una época en la que el capitalismo cobró un gran auge, el ocio comenzó a verse en la esfera del tiempo libre como un intersticio que debía ser puesto en oposición al trabajo. Esto afectó en que se convirtiera en un tiempo residual, propio de las élites para las clases altas y por otro lado para las clases media y baja se presentó como un tiempo alienante reducido en su acceso en gran parte al entretenimiento y el consumo. El sentido alienante de éste causó un efecto grave en la clase alta, aletargándola en lo que vino a conocerse como un confort anhelado por las otras clases.³⁸ Los efectos de todo esto se vieron reflejados en las supuestas distinciones y oposiciones entre trabajo y ocio. Ambas actividades parecían no solo no oponerse sino perseguir el mismo fin, producir valor de cambio.

En el capitalismo de la segunda mitad del siglo XX el ocio fue vuelto, más que un derecho, una ostentación y un privilegio de clase. Lo cual en gran medida deviene de una precarización del trabajo, de modo que éste es comúnmente entendido como una actividad que genera sufrimiento y explotación, como si fuese la única manera en la que pudiera llevarse a cabo el trabajo, de ahí que el tiempo libre y el ocio funcionen como momentos para la alienación por medio de la evasión.³⁹ Esto habría de incidir en la valoración del ocio. No obstante, las implicaciones del ocio como actividad consecuente del trabajo, mas no adversa, la distinguen de la ociosidad que en cierta parte se vuelve presente en el entretenimiento y la diversión. En *El Libro de los pasajes*, Walter Benjamin introduce una distinción al respecto:

La ociosidad se puede ver como un antecedente de la distracción o de la diversión. Se basa en la disposición a disfrutar meramente de una serie arbitraria de sensaciones. Pero tan pronto como el proceso productivo comenzó a involucrar a grandes masas, surgió en los que libraban

ser factor de realización o incluso de sentido, dado que eso es posible, tanto en el trabajo como en el ocio. La cuestión no es por tanto si trabajo u ocio otorgan más realización el uno que el otro, sino lo importante es cómo se llevan a cabo y bajo qué condiciones. Así como tampoco esto es motivo de señalar al trabajo como actividad de menor valía ante el ocio, sino que, tomando en cuenta el valor de ambos, estos son complementarios.

³⁸ En éste punto coinciden varios autores como Veblen y Dumazedier.

³⁹ Marx hace una referencia en sus *Manuscritos de economía y filosofía*, respecto a la excesiva ocupación de los obreros en el trabajo enajenado que impedía su realización como individuos.

la necesidad de distinguirse masivamente de los que trabajan. A ésta necesidad respondió la industria recreativa.⁴⁰

La industria cultural impulsó una industria del ocio y el entretenimiento de masas, que en la óptica de Benjamin no se trataba de ocio sino de ociosidad. “La ociosidad intenta evitar cualquier contacto con el trabajo del ocioso, y en general con cualquier proceso de trabajo. Eso es lo que la diferencia del ocio”⁴¹. La ociosidad se desentiende del trabajo como actividad y se remite a los márgenes de la inactividad o de la actividad no retributiva en ningún sentido o incluso en una actividad alienante o nociva, en lo cual tiene un punto de encuentro posible con el ocio mal orientado.⁴² La división del tiempo social a partir de la misma división del trabajo, dictó a los hombres en qué medida de tiempo y condiciones de producción de valor volcaran su atención y actividad. Las jornadas de trabajo y las horas o días de descanso habrían de terminar siendo actividades análogas de producción de valor.

La socialización de ese tiempo a partir de la sistematización de las experiencias y vivencias fue en gran medida efecto de luchas y movimientos sociales posteriormente aprovechados para que los mismos dueños de los medios de producción buscaran las formas de ofertar determinadas actividades a los trabajadores. Como señala Kracauer en *Los empleados*: “Cuanto más dominada por la monotonía se encuentra la jornada laboral, tanto más necesitan las horas de ocio alejarse de su proximidad; presuponiendo que la atención deba ser desviada de los trasfondos del proceso de producción”⁴³. En tanto tales actividades fueron cobrando más auge y aceptación con la ayuda de la industria cultural y a través de la actividad del consumo, las exigencias por mejores condiciones de trabajo, y la conciencia por el qué hacer con el tiempo ganado para recrearse y convivir, fueron adormecidas por la alienación, la evasión inherente al entretenimiento y el mero goce. Todo ello tuvo como consecuencia un detrimento del valor y del sentido dado al ocio y en sí al uso del tiempo ganado concebido como libre. En ese sentido, el ocio del consumo relativo al mero goce, la evasión, y el entretenimiento, quedaría más conceptualizado dentro de lo entendido por Benjamin como ociosidad burguesa.⁴⁴

El valor moral del ocio

La dificultad de precisar el valor moral del ocio deviene de la confusión por generada en torno al concepto mismo de ocio, misma que remite a su valor. Es decir, que, a causa del afán por la utilidad como herencia de la valoración moderna que prima por la actividad, el ocio tiene aún una errónea concepción con una carga negativa a causa de su carácter improductivo en sentido instrumental. La idea de que el ocio provenga de un desprecio por el valor del tiempo, una pérdida o una negación de sí en su variante de consumo, produce una confusión sobre la idea de su valor. De manera que se le infravalora, pues el juicio de valor que se hace al ocio no es moral o social sino económico. La confusión como tal radica en su valoración, esto es en el tipo de valor que se le adjudica. Y pese a que en la actualidad el ocio se ha convertido también en un fuerte factor económico, principalmente promovido por la industria del entretenimiento y la economía de servicios de consumo, “sociedades con alto stock de capital físico y humano, donde la producción es elevada y, por tanto, en términos macro se puede producir más en menos tiempo o con menos horas de trabajo, han generado un

⁴⁰Walter Benjamin. *El libro de los pasajes*, 803.

⁴¹ Benjamin. *El libro de los pasajes*, 802.

⁴² “el ocio contemplativo (*skholé*), que se decía libre y propio del alma, pero que era concebido también como actividad esforzada; como la actividad por excelencia, de hecho, podría considerarse como un trabajo espiritual sobre uno mismo es lo que falta por completo en la ociosidad de las sociedades burguesas que, como dice el propio Benjamin resulta más bien «un antecedente de la distracción o de la diversión» (J. Cuenca. *Hacia la ociosidad interrumpida*, 503).

⁴³ Kracauer, *Los empleados*, 212.

⁴⁴ El ocio es relativo a la experiencia como parte del fruto del trabajo que afirma Benjamín, así como lo será también el trabajo: “Debe notarse que Benjamin reconoce en términos generales un vínculo insoslayable entre experiencia y trabajo: afirma tajantemente que «la experiencia es el fruto del trabajo» (J. Cuenca. *Hacia la ociosidad interrumpida* p501).

aumento global del tiempo de no trabajo, aunque su reparto no parece estar siempre bien equilibrado”.⁴⁵ Las actividades económicas que producen valor mercantil con el ocio, comúnmente están centradas en el entretenimiento y el consumo cultural y actualmente constituyen una alta derrama económica que es cada vez más creciente en formatos digitales.⁴⁶

No obstante, estos aspectos actuales, aunque influyen en la confusión en cuestión no eximen la imprecisión del hecho de que se confunde el valor moral con el económico. O bien, se confunden los fines con los medios. La desvalorización del ocio⁴⁷ consiste entonces en que su valor se confunda con el de las mercancías, con el de los medios y no los fines, o bien más concretamente, con medios utilitarios y no con el mejoramiento de los sujetos. Tal confusión está entre el valor económico y valor moral, la cual, como hemos visto aquí al inicio, surge con la crisis de valores de la modernidad.

El ocio en sí mismo no tiene valor monetario, pese a que pueda ser también un productor de valor en sentido económico a causa de la industria que a partir de él se ha generado. El valor económico no es el mismo que el moral. El problema aquí estriba en el límite entre estos valores, el moral y el económico⁴⁸. Para ahondar en esa distinción es necesario recurrir a matizar una argumentación en torno al valor del ocio y en consecuencia a su valor moral.

En la referencia a rescatar aquí respecto al valor del ocio, es clara aquí nuestra posición de acuerdo con Aristóteles, quién podría considerarse monista respecto al valor intrínseco. Esto en el sentido en que: “hay solo una cosa que es buena en sí misma y de la cual se deriva el valor de lo demás. En el caso de Aristóteles es la felicidad”⁴⁹. Aunque Aristóteles no desarrolla como tal una teoría del valor, es posible rastrearla en sus ideas sobre la felicidad, así como en las referencias a las distinciones entre actividades nobles y serviles, en conjunto con la preferencia por el ocio y la contemplación, en ideas ya antes aquí señaladas.

Sin embargo, el hemos de detallar aquí el modo en qué tras el análisis de los cambios en el criterio de valor, hemos de señalar cómo es que el ocio puede tener un valor moral, de tal forma que es necesario precisar los conceptos de valor y lo bueno que se deriva de este en sentido moral. Al sostener que algo tiene valor, la base de tal argumento se encuentra en los beneficios de aquello que consideramos con valor, y esos beneficios, como consecuencias relativas al disfrute, tienen una función gratificante. Para un mejor fundamento sobre qué es lo bueno, recurrimos aquí a Christine Korsgaard, quien ofrece dos acepciones sobre lo bueno: “una es la distinción entre las cosas que se valoran por sí mismas y las cosas que se valoran por otra cosa”⁵⁰. Dicha distinción de Korsgaard nos recuerda a la clásica distinción sobre el valor, entre lo intrínseco y lo extrínseco. Además, alude a la identificación de que es bueno con lo que tiene valor. Así, “aquello que es intrínsecamente bueno, lo es no derivativamente, sino que es bueno por su propio valor”⁵¹. Decimos entonces que, el ocio es

⁴⁵ Cuenca M. Aproximación multidisciplinar a los Estudios del Ocio, 23.

⁴⁶ Hoy en día el vínculo del ocio con la sociedad de consumo es casi irremediable. Dicha concepción del ocio que se conjuga con el negocio vuelve en gran medida inconcebible el ideal clásico de ocio, pues al vincular el ocio con las mercancías de consumo, se vuelve a éste más un medio que un fin. No obstante, el ocio de consumo mantiene actualmente una hegemonía en su formato digital. Un ejemplo de ello se da en la venta de videojuegos en México, que tiene el doceavo lugar mundial en consumo de videojuegos para smartphone de acuerdo con el portal de Newzoo, empresa dedicada al análisis del mercado mundial de videojuegos. (<https://newzoo.com/insights/rankings/top-countries-by-smartphone-penetration-and-users>)

⁴⁷ Ver Maldonado G. Revalorización del ocio a través de la experiencia edificante, 186.

⁴⁸ Esto implica que el decidir sobre nuestros ocios contiene una notoria brecha entre la práctica y la teoría. Incluso, si consideramos que el tiempo es dinero y el capitalismo impone una pulsión que nos obliga a que nuestro tiempo debe de ser productivo, ¿cómo sería posible plantear límites morales en el uso del tiempo? La respuesta a esto, necesariamente incidiría en las jornadas laborales, y más aún en la libertad sobre nuestro tiempo, ya sea en nuestro trabajo o en nuestros ocios. Maldonado G. Revalorización del ocio a través de la experiencia edificante, 188.

⁴⁹ Gayosso E. El valor moral del sufrimiento, 113.

⁵⁰ Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 461.

⁵¹ Zimmerman & Bradley 2019.

bueno por el hecho de ser valioso y traer consigo beneficios⁵² a quienes llevan a cabo actividades relativas a él. De tal modo que:

“Decir que algo es intrínsecamente bueno no significa por definición que se valora por sí mismo: significa que tiene bondad en sí mismo”.⁵³

Puesto así, el valor de algo que se considera bueno no tiene que ver con sus propiedades o lo que lo constituye sino con la fuente de aquello que se considera bueno. De acuerdo con Korsgaard, el ser humano es la fuente del valor: “El único valor que existe es el que les dan los seres humanos a sus vidas. Nosotros debemos ser, pues, la fuente del valor”⁵⁴ El ocio es valioso en sí mismo, eso quiere decir que tiene valor intrínseco. El valor intrínseco es la forma más pura del valor. Esta precede a todo valor y tiende a ser un fin en sí mismo. “Pero es evidente que nada tiene valor como medio, a menos que aquello de lo que es medio tenga un valor por sí mismo. Se deduce de esto que el valor intrínseco es lógicamente anterior al valor como medio”.⁵⁵ El hecho de que algo posea valor intrínseco significa que es fuente de valor, es decir que no depende de algo más para poder tener valor. En el caso del ocio, éste tiene valor en sí mismo, y es asimismo valioso como medio para otras cosas, por ejemplo, como medio para la virtud⁵⁶ o la realización⁵⁷. De ahí la pretensión por argumentar en torno al valor moral del ocio.

Conclusiones

El ocio tiene una influencia moral que va de lo individual a lo social. En su dimensión social puede propiciar la recreación y la convivencia, de manera que contribuye a la libre expresión de la identidad tanto en lo social como en lo individual. Por lo que como uso de tiempo propio para el individuo influye directamente en el mejoramiento de nuestro carácter moral, por tanto, en nuestra relación con los demás. Finalmente, el ocio no solamente puede propiciar la virtud, sino que en él cabe la posibilidad de una ética de las virtudes⁵⁸. Un ocio virtuoso tiende al mejoramiento del individuo desde la preocupación por sí mismo y su repercusión de ella en los otros, poniendo como prioridad nuestro desarrollo y realización.

⁵² Para un mayor bagaje respecto a los beneficios del ocio, en amplio sentido se recomiendan las siguientes referencias por su riqueza multidisciplinaria: Monteagudo, M.J., Cuenca Amigo, J. y San Salvador del Valle, R. (coords.) (2014). *Aportaciones del ocio al envejecimiento satisfactorio*. Bilbao: Documentos de Estudios de Ocio, núm. 50. Instituto de Estudios de Ocio, Universidad de Deusto, 191 pp. ISBN: 978-84-15759-42-3. Ortega, C. & Bayón, F. (2014). *El papel del ocio en la construcción social del joven*. Documentos de Estudios de Ocio, núm. 51. Bilbao: Universidad de Deusto. Tinsley, H.E.A. & Tinsley, D.J. (1986). *A theory of attributes, benefits and causes of leisure experience*. *Leisure Sciences*, vol. 8 (1), 1-45.

⁵³ Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 461.

⁵⁴ Korsgaard. *La creación del reino de los fines*, 461.

⁵⁵ Villoro, *Bertrand Russell: Antología*, 244.

⁵⁶ En *La política*, Aristóteles precisa la relación entre ocio y virtud al afirmar que: “se necesita ocio para el nacimiento de la virtud y para las actividades políticas” (Aristóteles. *La política*, 1329a4). Por consiguiente, el ocio es condición de posibilidad para el cultivo de la virtud, y es, asimismo, indispensable para el mejoramiento de los individuos, es importante para la formación y para la participación de los asuntos de la ciudad, esto resalta su dimensión social e individual, y por ende su valor moral.

⁵⁷ Joffre Dumazedier, uno de los padres de los Estudios del ocio, concibe el ocio como: “Ese contenido de tiempo orientado a la realización de la persona como fin último. Ese tiempo que se otorga al individuo por la sociedad cuando éste cumple sus deberes según las normas sociales del momento de sus obligaciones profesionales y familiares, en disminución de sus obligaciones socio espirituales y la liberación de sus obligaciones sociopolíticas a su disposición; el individuo se libera de la carga de la fatiga y se relaja del aburrimiento y se divierte, en especial en función de su desarrollo de manera desinteresada de las capacidades de su cuerpo y de su espíritu. Ese tiempo disponible no es resultado de una decisión del individuo; es en efecto un resultado de la evolución de la economía y la sociedad. Como nosotros ya hemos dicho anteriormente, es un nuevo valor social de la persona que se traduce en un nuevo derecho social, el derecho de disponer de un tiempo cuya finalidad es la satisfacción de sí mismo”. Dumazedier, *Sociologie empirique du loisir critique et contre-critique de la civilisation du loisir*, 93.

⁵⁸ Esta cuestión se enmarca en una estrecha relación con la tradición que recupera a Aristóteles desde la ética consecuencialista y la ética de las virtudes.

Entonces, si el ocio tiene un valor moral, debemos señalar en qué radica éste, y además que, si el ocio es encausado hacia dicha fuente de valor, el trabajo también debe tener un valor moral. El valor moral del trabajo reside en la obligación y la justa retribución al cumplimiento responsable de ésta. En cambio, el valor moral del ocio radica en la voluntad y libertad para disponer del propio tiempo en medida que su uso contribuya a la realización y desarrollo de capacidades o bien al goce individual y colectivo del mero llevar a cabo actividades que impliquen descanso, diversión y desarrollo.

Referencias

- Arendt Hanna. *La condición humana*. Barcelona. Paidós. 2015.
- Aristóteles. La política. Traducido por Manuela García Valdés. Madrid: Editorial Gredos, 1985.
- Aristóteles. Ética Nicomáquea. Traducido por Julio Palli Bonet. Madrid: Editorial Gredos, 1985.
- Aristóteles. Metafísica. Traducido por Tomás Calvo Martínez. Madrid: Editorial Gredos, 1994.
- Bataille George. *El límite de lo útil*. Barcelona. Losada, 2005.
- Cuenca Amigo Jaime “Hacia la ociosidad interrumpida. Transmisión literaria y crisis de la experiencia en Walter Benjamin” Revista: Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica, vol. 70 no 264, 2014, pp. 495-514. ISSN 0031-4749.
- Cuenca Amigo Jaime. “La existencia valiosa” en *Claves de la existencia el sentido plural de la vida humana*. Ortiz-Osés, Andrés; Solares, Blanca, Garagalza, Luis (eds.) CRIM-UNAM, Anthropos, México 2013. pp449-470.
- Cuenca Amigo Jaime. Proveer o transformar. En torno a El autor como productor de Walter Benjamin. Madrid. Editorial Dykinson, S.L. 2021.
- Cuenca Cabeza Manuel. *Aproximación multidisciplinar a los Estudios del ocio*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2006.
- Cuenca Cabeza Manuel. *Ocio valioso*. Universidad de Deusto, Bilbao 2014.
- Echeverría Bolívar. *La modernidad de lo barroco*. Ciudad de México. Ediciones era, 2017.
- Dumazedier Joffre. *Sociologie empirique du loisir*. París. Editions du le Seuil, 1974.
- Gayosso E. Tesis de doctorado. El valor moral del sufrimiento. Ciudad de México. Universidad Nacional Autónoma de México, 2022.
- Han, Byung-Chul. El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse. Traducido por Paula Kuffer. Barcelona: Herder, 2015.
- Hernández De la Fuente David. La escuela del ocio: tiempo libre y filosofía antigua. Edición digital a partir de Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 747 (septiembre 2012), pp.77-99. España. 2012.
- Kracauer Sigfried. *Los empleados*. España. Gedisa, 2008.
- Korsgaard Christine. *La creación del reino de los fines*. Traducción de Dulce María Granja Castro y Eduardo Charpenel Elorduy. México. UNAM: UAM: UACH:2011
- Maldonado G. Tesis doctoral. Revalorización del ocio a través de la experiencia edificante. Chihuahua. Universidad Autónoma de Chihuahua, 2022.
- Maquiavelo. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. México. Gredos, 2019.
- Marx Karl, *Manuscritos económico-filosóficos*. Madrid. Ed. Alianza, 1980.
- Newzoo Top Countries/ Markets by Smartphone users (diciembre de 2022). Recuperado el 3 de marzo de 2023 de: <https://newzoo.com/insights/rankings/top-countries-by-smartphone-penetration-and-users>
- Schiller Friedrich. *Cartas a la educación estética del hombre*. Barcelona. Anthropos, 1990.
- Simmel George. *Filosofía del dinero*. Ciudad de México. Paidós, 2016.
- Veblen. Teoría de la clase ociosa. México. Fondo de Cultura Económica, 1994.

Villoro L. Bertrand Russell, Antología. España. Siglo XXI Editores, 1972.

Weber Max. *La ciencia como vocación, en el político y el científico*. Madrid. Alianza, 1985.

Zimmerman, M., & Bradley, B. (Primavera de 2019). *Intrinsic vs. Extrinsic Value*. (E. Zalta, Ed.)
Recuperado el 10 de diciembre de 2022, de Stanford Eyclopedia of Philosophy:
<https://plato.stanford.edu/archives/spr2019/entries/value-intrinsic-extrinsic/>